

La Administración TRUMP y la seguridad internacional

El triunfo del peculiar candidato republicano crea incertidumbre e incógnitas sobre la estrategia de seguridad y defensa de la Casa Blanca a partir de enero

SABER qué política exterior va a seguir el presidente electo de Estados Unidos, Donald Trump, es aún una incógnita. Pero si se reúne primero con Vladimir Putin en vez de con los aliados de la OTAN enviaría una peligrosa señal a los europeos. Éstos temen incluso que Trump cambie el reconocimiento de Crimea —que encontraría una férrea oposición bipartidista en el Senado— por un acuerdo con Moscú sobre Siria. Cualquier pacto con el Kremlin debilitaría, según todos los expertos, la seguridad y la estabilidad en Europa y en EEUU. Por ahora, todo son conjeturas.

Donald Trump ganó las elecciones norteamericanas con apenas conocimientos sobre política exterior y seguridad nacional. Aislacionista, revisionista, inmoral y contradictoria son algunos de los calificativos que han descrito su visión de la política internacional duran-



Un caza E-3 Sentry en un reabastecimiento en vuelo durante una operación en Irak dentro de la misión *Inherent Resolve* contra el *Daesh*.

US Department of Defense

te la campaña electoral. Su discurso en el *Center for the National Interest* en abril de 2016 ofrece hasta ahora los detalles más precisos sobre sus intenciones en el ámbito internacional. Allí afirmó que «América primero» sería el principio que guiaría al país hacia una nueva dirección para reemplazar «el azar por objetivos, la ideología por la estrategia y el caos por la paz». Identificó cinco debilidades de la política exterior norteamericana: en

primer lugar, se gasta mal y se ha debilitado la fuerza militar; en segundo, los aliados no comparten la gran carga de seguridad que tienen junto con EEUU, ni en términos financieros, ni políticos, ni en coste humano; en tercero, los países amigos empiezan a mirar a otros socios en busca de ayuda tras haber enviado Norteamérica mensajes negativos con iniciativas como el acuerdo con Irán, el abandono de los planes sobre el sistema antimisiles o las críticas a Israel; en cuarto, los rivales no respetan a Washington y países como Corea del Norte han incrementado su amenaza, mientras China continúa el asalto económico a EEUU; y en quinto lugar, el país no tiene unos objetivos claros en política exterior y las últimas intervenciones han llevado aún más inestabilidad a Oriente Medio.

Para superar estas deficiencias Donald Trump propuso elaborar un plan a largo plazo que frene y acabe con el Is-



Donald Trump celebra su triunfo en las elecciones del 8 de noviembre junto al que será su vicepresidente, Mike Pence.

lam radical, reconstruya la fuerza militar y la economía del país y desarrolle una política exterior basada en los intereses norteamericanos. Quiere un país fuerte con limitadas aventuras internacionales.

Pero ha sido durante sus mítines donde, casi de forma espontánea, ha sacado a la luz propuestas más concisas y, en ocasiones, más polémicas: construir un muro contra la inmigración, contra los terroristas musulmanes y contra los inmigrantes hispanos; retomar la amistad con Rusia; desligarse de las alianzas permanentes; cuestionar el principio de defensa colectiva de la Alianza Atlántica; retirar las tropas norteamericanas de Corea del Sur; llevar a cabo una agresiva campaña contra el *Daesh* que incluye el uso de la tortura; e incrementar los presupuestos de defensa. Propuestas que ha ido enmarcando en una «América menos segura» que ha dejado la Administración Obama y con las que ha tratado de avivar el miedo entre los norteamericanos a lo que ocurre más allá de las fronteras.

Con un mensaje pesimista y alarmista y mostrándose duro en los asuntos de seguridad nacional ha logrado ganarse el apoyo de los republicanos nacionalistas y los no-intervencionistas. De las tres principales corrientes en política

exterior y de defensa del Partido Republicano, la tendencia predominante desde la II Guerra Mundial ha sido la de los internacionalistas. Creen en un papel activo de EEUU en el exterior en términos económicos, militares y diplomáticos; apoyan las actuales alianzas y compromisos militares de Washington, los acuerdos de libre comercio y los programas de ayuda exterior, y apuestan por unos niveles de gasto en defensa relativamente altos. La tendencia minoritaria ha sido, hasta ahora, la de los republicanos no-intervencionistas. Éstos se resisten a las campañas militares, a las bases militares en el extranjero y a las alianzas. Pero la frustración por las lar-

En su campaña dijo que quiere un país fuerte, con limitadas aventuras internacionales

gas guerras en Irak y Afganistán les han vuelto a dar argumentos para apoyar su idea de que los enredos militares internacionales sólo debilitan a Washington. Creen, además, que la «guerra contra el terror» ha sido sobre-militarizada y que se ha convertido en una amenaza a las libertades civiles.

TENDENCIA AISLACIONISTA

El votante medio republicano es, sin embargo, nacionalista. Son pluralidad y cada vez más numerosos entre la base pero están infra-representados entre la elite política. No se oponen a elevados niveles de gasto en defensa, o a medidas más agresivas contra el terrorismo. No son ni mucho menos pacifistas. Pero, al mismo tiempo, desprecian los «experimentos de *nation-building*», los programas de ayuda exterior, las intervenciones humanitarias y las instituciones internacionales diseñadas para promover la gobernanza global. Para los nacionalistas el mantenimiento de la soberanía es primordial e, instintivamente, apoyan mantener una defensa fuerte, castigar duramente cualquier amenaza directa a los ciudadanos norteamericanos y permanecer al margen de compromisos multilaterales. Lo que ha hecho Do-



Un cartel proserbio de las elecciones de Montenegro del 16 de noviembre muestra juntos a Donald Trump y Vladimir Putin.

nald Trump en 2016 ha sido unir a los nacionalistas y no-intervencionistas en un asalto a la facción dominante de los internacionalistas. Esto nos acerca a la idea de lo que se puede esperar de él y de su Administración en los próximos cuatro años. Pero dado que el presidente electo no tiene experiencia en política exterior será determinante que los principales cargos en esta área —secretario de Estado, de Defensa y Asesor de Seguridad Nacional— tengan nociones básicas sobre asuntos internacionales y una visión sobre cómo transformar las promesas electorales en políticas.

NOMBRAMIENTOS

Donald Trump está inmerso en el proceso de selección de su equipo de seguridad nacional. Debe decidir quién, pero también cómo será el proceso de toma de decisiones. Aún no está claro si adoptará el modelo de Ronald Reagan, confiando plenamente en los secretarios para manejar los asuntos; si seguirá a Richard Nixon, reteniendo el control de la política exterior en la Casa Blanca a través de su Asesor de Seguridad Nacional; o emulará a George H. W. Bush con una solución híbrida. También hay quien se pregunta si será un equipo de rivales, ya que Donald Trump suele es-

coger a figuras contrapuestas para trabajar juntas porque afirma que los resultados son mejores. El principal ejemplo es la elección de Reince Priebus como su jefe de gabinete, conocedor del manejo de la política en Washington y nexa con los líderes del partido republicano en el Congreso, y de Steve Bannon, nombrado estratega jefe y consejero senior, contrario al *establishment* y que desde la plataforma *Breitbart News* ha flirteado con los elementos más extremos del espectro político norteamericano.

Por ahora se ha desvelado el nombramiento de Michael Flynn como próximo Asesor de Seguridad Nacional, lo que parece avalar la voluntad de la próxima Administración de alejarse del consen-

Ha designado a un militar, el general Michael Flynn, Asesor de Seguridad Nacional

so bipartidista internacionalista que ha predominado desde la II Guerra Mundial. Dado también el valor que Trump le da a la lealtad se puede esperar un papel muy relevante en la Administración del nuevo asesor. Sorprende la gran cantidad de generales —Flynn es uno de ellos— que se están barajando para varios puestos del equipo de seguridad nacional, dado que arremetió contra ellos durante la campaña acusándoles de haber fracasado en las guerras de Irak y Afganistán. El general Flynn es un buen y admirado militar y un excelente analista de inteligencia, aunque no es un pensador convencional al estilo de Washington. Deberá dar asesoramiento al presidente pero quizás más importante será su capacidad para coordinarse con el departamento de Estado, el Pentágono, las agencias de inteligencia, y demás entidades del aparato de seguridad nacional. El Consejo de Seguridad Nacional es el primer lugar donde hay que superar los desacuerdos, dar marcha atrás a aquellos instintos naturales del presidente y moldear las ideas.

Los impulsos de Trump requieren asesores en un equipo que sirva de freno a sus peores instintos. Para ello deberán ser figuras independientes y el próximo asesor no parece cumplirlo. Flynn

expresó en su momento su oposición al *waterboarding* y otras formas de tortura ilegales, pero después de abrazar la campaña de Trump defendió esas prácticas (curiosamente, James Mattis, posible secretario de Defensa ha quitado a Trump la idea de la cabeza de que son prácticas efectivas). Pero aún preocupa más que las posiciones de Flynn en determinados asuntos se hayan radicalizado, retuiteando con frecuencia artículos de *Breitbart News* de Bannon, declarando que el Islam es «como un cáncer» y que «el miedo a los musulmanes es racional». El general Jim Mattis —otro militar y una leyenda entre los Marines— se postula como muy probable secretario de Defensa y ofrece mucha más tranquilidad que Flynn. Al igual que David Petraeus, otro general que se rumorea como potencial secretario de Estado si el puesto no va a Mitt Romney.

Sean quienes sean los que formen el próximo equipo de política exterior y de seguridad nacional deberán dar una pronta respuesta a una serie de cuestiones, tanto para guiar a su equipo como para enviar un mensaje a aquellos líderes extranjeros que están ansiosos por tomar la temperatura del nuevo ejecutivo.

También es cierto que, como presidente electo, Donald Trump se ha mostrado mucho más moderado en asuntos como el tema de la tortura, la OTAN y la retirada de las tropas de Corea del Sur. Entre las cuestiones más urgentes está dar los detalles sobre su plan para derrotar al *Daesh*, así como la declaración de guerra contra el terrorismo yihadista que quiere conducir y los parámetros para medir su posible éxito. Deberá clarificar su compromiso sobre la ejecución de una zona de exclusión aérea en Siria, qué aliados participarían en ese esfuerzo y cuál sería su duración. También deberá dar más detalles sobre su idea de revisar el acuerdo con Irán, sus planes

para prevenir la amenaza norcoreana y su compromiso con la lucha contra la proliferación nuclear.

Pero quizás la principal expectación está en las relaciones con Rusia. Sin dejar de lado la necesidad de que el próximo presidente aclare su posición ante la investigación sobre la posible interferencia rusa en las elecciones de EEUU, la Administración deberá dar la respuesta definitiva a la siguiente cuestión: si el renacimiento del poder ruso, la insistencia

de los Unidos y es un socio crítico en la lucha contra la proliferación nuclear, además de indispensable para la búsqueda de una solución a la crisis siria. ¿Puede EEUU aceptar un gran papel de Rusia en el mundo y bajo Putin, o debe dar pasos para contener y reducir su poder? La respuesta vendrá si la Administración Trump ve las acciones de Rusia como una molestia en vez de cómo una amenaza y si percibe el coste de alejarse de Moscú mayor que los beneficios de una acción colectiva con el Kremlin. Rusia, por su parte, no esperará que EEUU haga significativas concesiones estratégicas, en especial si se trata de limitar el alcance de la OTAN en la ex Unión Soviética.

Más allá de la incertidumbre, hay otros aspectos que preocupan gravemente, como la borrosa separación entre el presidente electo y sus empresas y, por tanto, la larga lista de potenciales conflictos entre sus intereses y posibles decisiones de política exterior y de seguridad nacional. Al menos 111 de sus compañías tienen negocios en 18 países de América Latina, Asia y Oriente Medio. Hay que añadir las noticias de que, tras varias semanas como presidente electo, sólo ha recibido dos *briefing* de inteligencia, un número muy inferior al de cualquiera de sus predecesores e, incluso, del vicepresidente electo, lo que no ayuda a que desaparezcan los interrogantes sobre sus escasos conocimientos sobre política internacional. Por último, en el anuncio de sus prioridades en los primeros

100 días de su mandato no aparece ningún tema de seguridad nacional a excepción de desarrollar un plan para proteger las infraestructuras críticas de posibles ciberataques.

Parece que Trump quiere seguir cultivando la impredecibilidad.

Carlota García Encina
Investigadora del Real Instituto Elcano



Jóvenes musulmanes participan en una protesta contra Trump en las calles de Nueva York horas después de su triunfo.

del Kremlin en su liderazgo en la región euroasiática y su persistencia en que debe ser consultado en los principales problemas internacionales significa una amenaza directa a los intereses nacionales y a los valores de EEUU.

Rusia es importante para la presencia norteamericana en Afganistán, es esencial para el programa espacial de Esta-